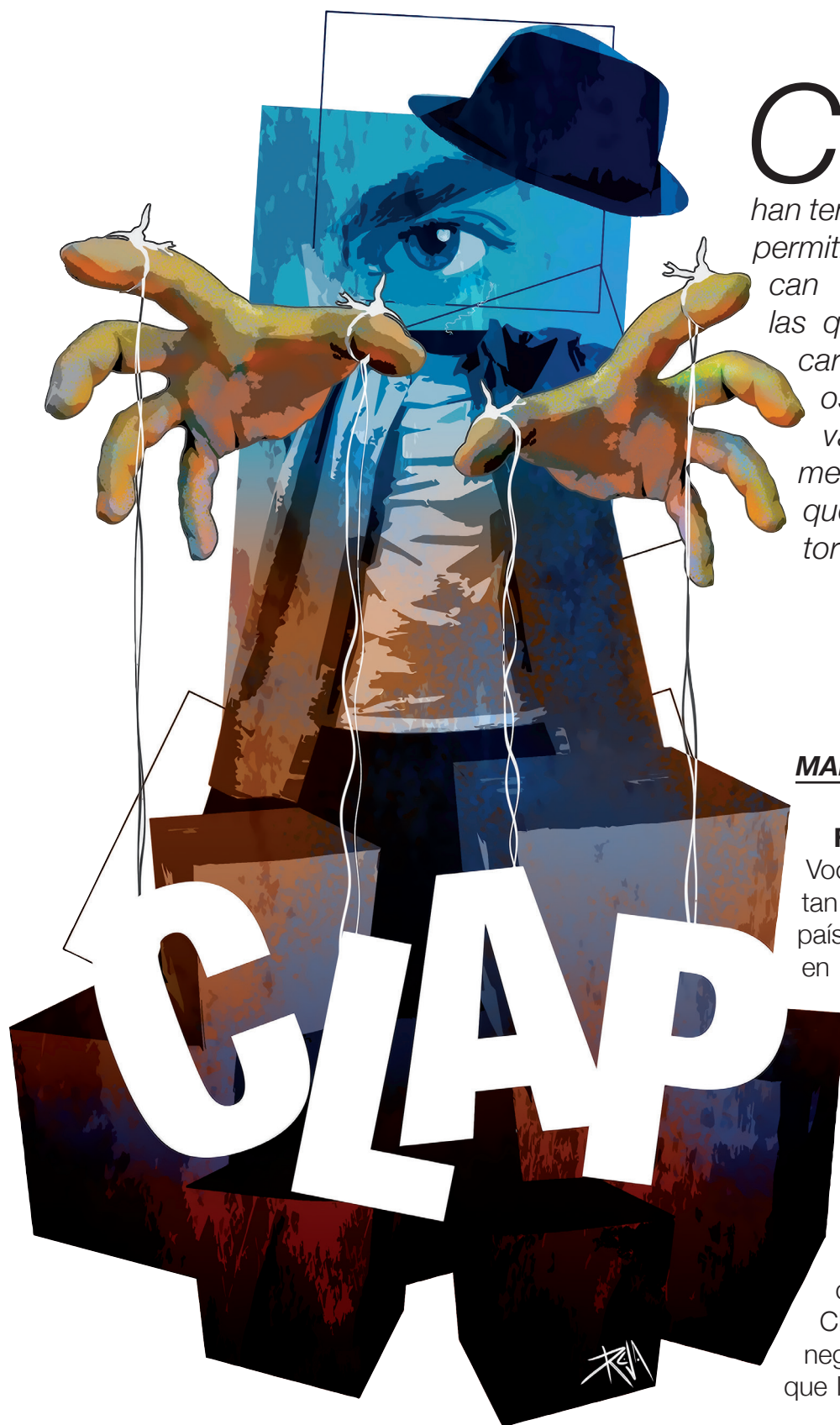




Las
formas
del **hambre**

Las formas del hambre



Ciudadanos del inframundo, estos testigos y víctimas han tenido la voluntad de permitir que se conozcan sus historias, en las que describen sus carencias, los pozos oscuros a donde van a parar sus alimentos y la violencia que se genera en torno de ellos.

MARUJA DAGNINO

Febrero de 2020.- Voces diversas cuentan sus cuitas en un país desabastecido y en manos de unas mafias que controlan los programas sociales para sacar provecho de ellos. Desde cómo los malandros se apropian de los alimentos que distribuyen los Comités Locales de Abastecimiento CLAP para el mercado negro, hasta el modo en que los colectivos contro-

lan “la zona”. Mientras tanto, el hambre se instala entre la vulnerable mayoría.

La inscripción masiva durante los primeros meses de 2017 en el Carnet de la Patria da cuenta del bajísimo poder adquisitivo de los venezolanos para acceder a los alimentos, lo que ratificaría lo expresado por ENCOVI, acerca de que apenas 10 por ciento de los venezolanos tendría ingresos suficientes para cubrir sus necesidades básicas.

Donde hubo mesas copiosas, hoy los ciudadanos deben conformarse con los CLAP y otros chantajes en el mejor de los casos, y en el peor de ellos, con deambular de madrugada por las calles para hurgar en la basura. A Milady le negaron hasta la caja de los CLAP.

Bajo el argumento de que la suya no era su familia “constituida”, el Consejo Comunal le negó a Milady los alimentos subsidiados del CLAP. Ella vivía con su pareja y su bebé de un año en casa de su madre, construida dentro del plan Rancho por Casa de la Misión Vivienda, situada en un pueblecito de unos ocho mil habitantes llamado San Antonio de Yare.

Valles del Tuy, donde están ubicados San Antonio y Santa Lucía, es una región agrícola e industrial que en otras épocas daba empleo a sus habitantes, pero ha devenido en una zona económicamente deprimida, como consecuencia del cierre forzoso de industrias y la baja en la producción agropecuaria, que han incrementado el desempleo y mermado la capacidad de las familias para satisfacer sus necesidades básicas.

Milady y su esposo eran de esas familias cuyos ingresos son insuficientes para mantener a un bebé en pleno desabastecimiento, pero el Consejo Comunal, según ella, estaba obligado a entregarle a Leo, “el malandro que controlaba la zona”, diez de las cajas de los CLAP. Diez cajas que estaban destinadas a las familias. Ella, su esposo y su niña, y nue-

ve familias más habían pasado por la penosa situación de declararse pobres ante los CLAP para recibir una caja con alimentos y, si tenían suerte, un pernil de cerdo subsidiado en navidad. Pero si el Consejo Comunal no le entregaba la “vacuna” a Leo, nadie vería ni una sola de esas cajas.

La madre de Milady vive ahora en otra región y trabaja como personal de limpieza. Ha vendido casi todas sus pertenencias con la esperanza de irse junto a sus hijas, que están fuera del país, pero su anhelo cada día se hace más lejano: mientras espera la visa humanitaria se ha gastado todos sus ahorros en comida y medicinas, aunque ella sí recibe una “escuálida” caja de CLAP.

En febrero de 2020 una evaluación encomendada por el gobierno venezolano al Programa Mundial de Alimentos WFP estimó que 20 por ciento de las familias ha vendido bienes para cubrir necesidades básicas y, de cada diez, seis han gastado sus ahorros en alimentos, como es el caso de la mamá de Milady.

Todo tiene su final, incluso Leo

Durante un largo tiempo Leo fue el jefe de la banda más poderosa de San Antonio de Yare. Sus secuaces eran EL Chino, hijo de La Negra, la dirigente del Consejo Comunal, y Nañe, el esposo de La Negra. Pero por los lados de La Aguada, el poder lo tenía El Saulito, que manejaba a los sindicatos que extorsionaban a las constructoras contratadas por el gobierno, les cobraba vacuna y les vendían con sobreprecio el cemento, las cabillas, materiales que, desde que las cementeras y metalúrgicas fueron expropiadas o nacionalizadas por el Estado, escasearon.

La señora Pascuala no escatima en detalles.

“Una noche, cuando El Saulito celebraba su cumpleaños en casa de unos amigos del sector Los Arbolitos, en medio de un conflicto por

el control de una construcción, lo mataron con su compinche [Gregory Enrique Bastidas], que llamaban El Chino Araña. Los asesinos, salió en el periódico de aquí [La Región], se llamaban Carlos Capa, Diente de Oro y El Cordero". Según la policía, Kelvin tenía denuncias por homicidio desde el año 2008 por lesiones personales, porte ilícito de arma de fuego, robos y hurtos. (1)

Se especula en San Antonio que el mismo Leo mandó a matar a El Saulito por el control sobre La Aguada, y que el poder de Leo se hizo más fuerte, pero lo encañeció a tal punto que dejó de pagar vacuna al FAES. "Una noche llegaron los encapuchados de negro, entraron a su casa y lo mataron, igual que a El Chino y a El Ñaño. Son operativos que hacen cuando los malandros se les salen de control y dejan

de pagar vacuna. Son guerras por territorio", dice el señor Jesús, de San Antonio de Yare.

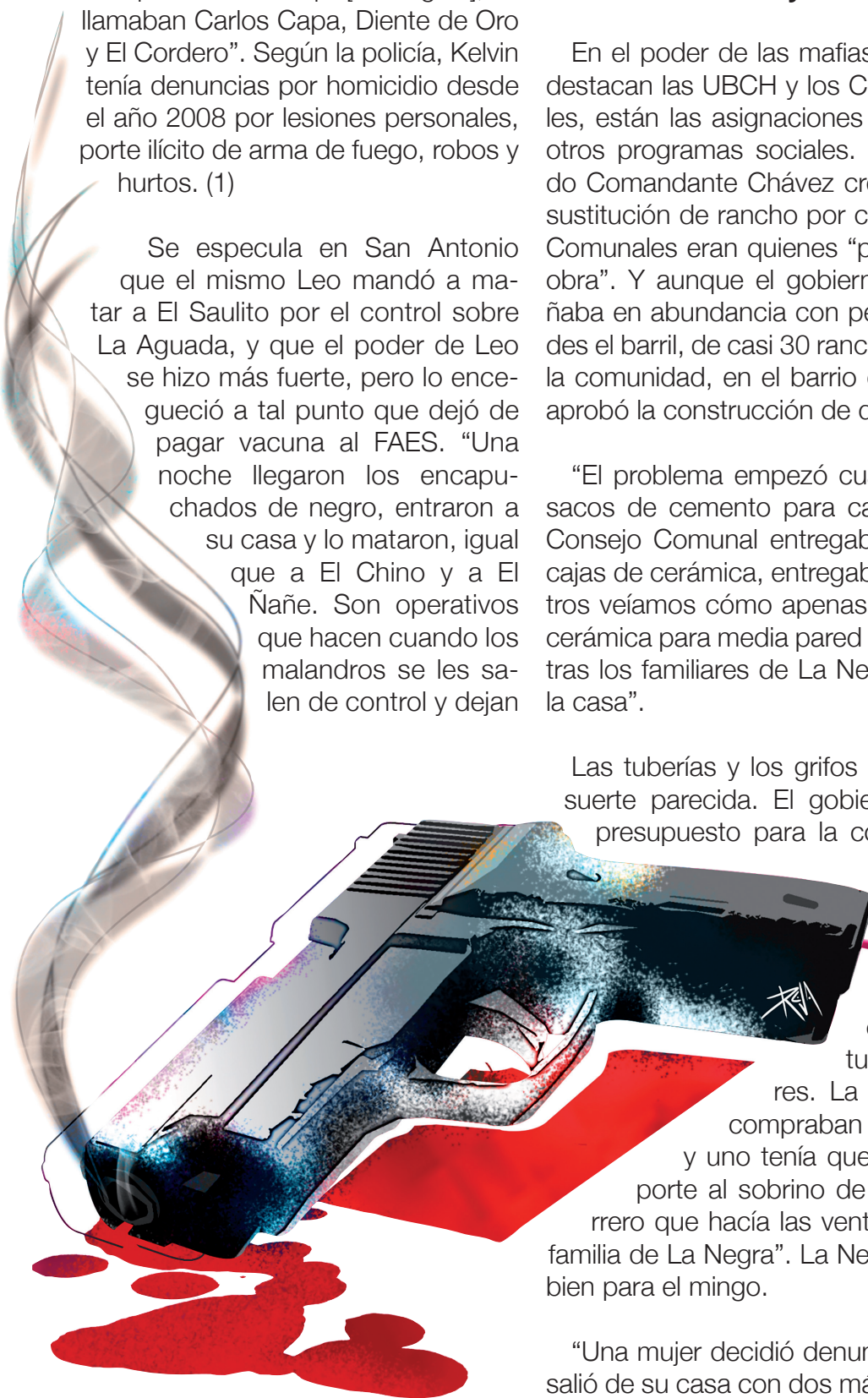
Se busca Consejo Comunal

En el poder de las mafias, entre las cuales destacan las UBCH y los Consejos Comunales, están las asignaciones de recursos para otros programas sociales. Cuando el llamado Comandante Chávez creó el proyecto de sustitución de rancho por casa, los Consejos Comunales eran quienes "ponían manos a la obra". Y aunque el gobierno todavía se bañaba en abundancia con petróleo a cien verdes el barril, de casi 30 ranchos censados por la comunidad, en el barrio de Milady solo se aprobó la construcción de diez.

"El problema empezó cuando llegaban 40 sacos de cemento para cada casa, pero el Consejo Comunal entregaba 35. Si eran 10 cajas de cerámica, entregaba cuatro. Y nosotros veíamos cómo apenas nos alcanzaba la cerámica para media pared de la ducha mientras los familiares de La Negra forraban toda la casa".

Las tuberías y los grifos también corrieron suerte parecida. El gobierno asignaba un presupuesto para la compra, "y los del consejo comunal en acuerdo con el ferretero compraban la de peor calidad, pero facturaban las mejores. La arena también la compraban con sobreprecio, y uno tenía que pagarle el transporte al sobrino de La Negra. El herrero que hacía las ventanas era también familia de La Negra". La Negra arrimaba muy bien para el mingo.

"Una mujer decidió denunciarlos, y cuando salió de su casa con dos más, había ocho es-



perándolas y les dieron una paliza. Dicen que en realidad ese era un grito de guerra por el territorio”.

Se cambia comida por votos

“El centro de acopio de los CLAP, en Yare, es un antro de corrupción”, dice Olga. Cuando una familia recibe su combo, que es una modalidad para la entrega de proteínas subsidiadas, muchas veces llega incompleto. “Una vez ni nos llegó, aunque lo pagamos, y por ese dinero nadie respondió”.

“Al final, el verdadero requisito para ser beneficiario de algún programa social es ser chavista”, dice Olga, que había aceptado ser jefa de cuadra del Consejo Comunal de su zona porque nadie más quería, hasta que hicieron un censo para los CLAP y tuvo la osadía de responder en la encuesta que ella no era “voto duro, ni era chavista”. Enfurecida, la encargada del censo le dijo que no recibiría “el beneficio del CLAP”. Sin importar cuán pobre fuera.

“Los únicos beneficios que nos ha dado el gobierno -reflexiona Olga- son la escasez, el hambre, las familias separadas. Antes me preguntaba cómo alguien que no había estudiado iba a ser igual a alguien que no ha estudiado. El sueldo mínimo es lo que nos hace a todos iguales. Maestros, médicos, enfermeras, profesores, todos somos igual de miserables, confiesa en voz muy baja porque, aunque está fuera de su ámbito, teme que la escuchen”.

Olga sabe que sus datos, que reposan en la plataforma del Carnet de la Patria [junto a más de 18 millones de personas], son administrados por agentes políticos. Lo que no sabe específicamente es que la plataforma está en manos del Movimiento Somos Venezuela (MSV), un partido político legalizado ante el CNE el 29 de enero de 2018 por iniciativa de Nicolás Maduro, liderado por Delcy

Rodríguez. Para recibir la caja de los CLAP es indispensable registrarse, y quedarán guardados los datos filiatorios de los asociados.

El colectivo que nos “cuida”

De 58 años, Olga tiene unos nietos que, al parecer, “estaban agarrando el mal camino” y una noche se querían ir para “una fiestecita”, pero ella, que sabía cómo era todo, echó cerrojo la puerta para que no salieran. “A la media hora -dice ella- comencé a escuchar que los perros latían, me asomé a la ventana y vi pasar a los hombres de las FAES vestidos de negro, con armas largas y pasamontañas. En la mañana supe que el FAES había llegado a la casa de los amiguitos de mis nietos, que eran unos hermanos que robaban ganado y pedían vacuna, y los mataron, no con balas, sino con machete. Mis nietos vieron que les había salvado la vida y al mes se fueron de Venezuela. Todos tienen trabajo allá donde están”, dice.

En la zona donde aparecieron asesinados los hermanos Faddoul vive El Patón. Así llaman al líder de un colectivo que ahora se otorga la tarea de mantener el orden, “pero no combate a los delincuentes de verdad, sino a los rateros que entran y se roban una gallina. Primero los corretea, los amenaza, y si reinciden los manda a matar”.

“Ese Patón cada vez que pasa se queda mirando de mala manera a mi hija -no sé si me entiende- que está casada y con hijos. A ella le da miedo y se le esconde. Él anda muy bien resguardado. Lidera toda una organización, y para llegar a su casa hay que pasar por varias alcabalas de hombres armados”. (2)

Miliciiana de pura cepa

Con la mano en el corazón Tania dice que no quiere volver a la Milicia Bolivariana, ni mucho menos al hospital Luis Razzetti de Santa Lucía. Morena, no tan alta y de buen

carácter a esta sargenta miliciana la emplearon en ese hospital, en el área de seguridad, para supervisar al personal en el turno de 24 horas, de siete a siete de la mañana. No había terminado de llegar cuando descubrió que extraían medicinas a hurtadillas para el mercado negro.

“La directora, en complicidad con la jefa de farmacia, sacaba las medicinas y lo hacía ver como un intercambio con otros hospitales. La primera vez que me llamaron de la farmacia para supervisar una salida de medicamentos para los servicios, me preguntaron si no quería anotar nada. Anotar qué, les contesté. Bueno usted sabe, los medicamentos para los servicios, todos los milicianos anotan. Sin decir nada, empecé a tantear con el pie las cajas que estaban en el suelo, que supuestamente iban para la basura, y la última que moví tenía algo adentro. ¿Esto no es basura? Les dije. ¿Y esta caja?, les pregunté. Reeeyyyyyes, le gritó la licenciada al que estaba llenando la forma: ¿Y esta Caja? Ah, esa se fue por error, respondió”.

“Yo me puse pila. Empecé a cazarlos, a investigar al personal de farmacia y descubrí cómo se robaban las medicinas. Salieron con los ganchos -dice. A una la sacaron esposada y a la otra la despidieron. Después renuncié al hospital y tampoco quiero volver a la mili-

cia. Estoy desencantada. A mí sí me gusta la carrera militar, pero no eso”.

“Yo no entiendo -dice Milady- cómo se puede convertir el hambre y la miseria en un negocio. Pero todos lo hacen. Todos los que tienen aunque sea un poquito de poder”.



1. “Con un doble homicidio termina fiesta en Yare”. *Diario La Voz*, 05/07/2015

2. En la madrugada del 23 de febrero de 2006 Jason, Kevin y John Bryan Faddoul, de 12, 13 y 17 años fueron secuestrados y se le exigió a la familia 4,5 millones de dólares estadounidenses. Aparecieron asesinados en las montañas de los Valles del Tuy.

3. La Milicia Bolivariana (MB), es un componente especial de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana (FANB), de carácter popular.

Ciudadanos del inframundo, estos testigos y víctimas han tenido la voluntad de permitir que se conozcan sus historias, en las que describen sus carencias, los pozos oscuros a donde van a parar sus alimentos y la violencia que se genera en torno de ellos.